

—Todavía nos queda el recurso de atrasar mi reloj hasta...

Y corrió las agujas hasta el punto que marcaba las doce. Oliverio le dió gracias, besándole una mano. Habían terminado la merienda y se disponían á regresar á París. Cuando atravesaban el despacho, María volvió á entrar bruscamente en la sala; desde el interior veíase la calle Mayor de Ville d'Avray, que aparecía atestada de gente, carruajes y jinetes; era día de carreras en Versalles y París se desbordaba por ir á presenciar las famosas apuestas.

María temblaba ante la posibilidad de que alguien la reconociera.

—¿Podríamos salir directamente al bosque sin pasar el camino?—preguntó Oliverio á la sirvienta.

—En el jardín hay una puerta de salida á los lagos—contestó ésta;—yo les acompañaré, y desde allí en cinco minutos se llega.

Efectivamente, á los pocos pasos habían llegado al borde del bosque y seguían un camino estrecho y muy empinado que parecía escalar las nubes.

—¿Quiere usted que descansemos?—dijo Oliverio á su amiga.

Y se detuvieron á descansar sobre la alfombra verde de los templados herbazales. Estaban en la cima de una cuesta elevada, bajo un oasis agreste, desde donde la vista se extendía á lo lejos sobre los campos confusamente velados por un vapor de sedas

neblinosas; en aquel paraje reinaba una soledad misteriosa, una tranquilidad mecida en el silencio vespertino de los días de verano, que parece flotar sobre los campos soñolientos en las horas templadas en que la naturaleza se rinde al sueño del atardecer.

El zumbido de las primeras hojas que empezaban á asomar en las ramas, el ruido apagado de una fábrica, cuyas férreas chimeas arrojaban densas bocanadas de humo á través de los árboles, y el agudo silbido de las locomotoras deslizándose sobre la vía, se mezclaba á lo lejos como una nota campesina á la armonía de las faenas de labor y al sonido casi imperceptible de los esquilonos de las vacas que pastaban la hierba quemada en un prado vecino. Nada tan encantador como estas horas de la puesta de sol, en que la rústica melancolía de los bosques da nuevos encantos y como una segunda juventud á las moribundas bellezas del verano. Las plantas, que sienten dormir en su interior la circulación de su savia, perfuman con sus jugos más delicados la brisa que ha de convertirse en aquilón. La brisa acaricia con su aliento tibio las ramas del árbol que verdea oreando su fruto. Las golondrinas, revoloteando todas en un punto del cielo, preparan su emigración á los países de Oriente. El lagarto ostenta con más complacencia su friolero *far niente* sobre la piedra caldeada por un rayo de sol.

Los pájaros, seguros de su asilo, bailo-

tean alegremente al rededor de su nido velloso; el insecto se acurruca en el repliegue de una hoja en que se dormirá para no despertar; el grillo sueña con un hogar para abrigar sus cantos durante las noches de invierno...

Sentados uno al lado de otro, sobre un montecillo de cesped que formaba como un sofá natural, la actitud de Oliverio y de María no revelaba ninguna agitación interior; podía leerse en sus miradas una impaciencia igual por encontrarse completamente solos, pero se adivinaba al propio tiempo que su solitaria intimidad solo les inspiraba el deseo de compartir la recíproca alegría que experimentaban sintiendo latir sus corazones con la misma emoción.

—Pues, bien, María—comenzó Oliverio, —tenemos muchas cosas que decirnos, y por eso quizá no sabemos por cual empezar.

—Muchas cosas, efectivamente,—contestó la joven.—¿Pero no sería acaso mejor que nos quedásemos en las suposiciones?

—¿Por qué?—dijo Oliverio.

—¡Por esto!—contestó débilmente María, sacándose del dedo una sortija de oro con dos iniciales entrelazadas.

—¿No es usted libre—le dijo en voz baja, —á pesar de su estado de viuda?

—Casada ó viuda, dependo únicamente de mi propia voluntad—respondió María.

Oliverio la atrajo hacia sí, enlazó su brazo

al rededor de su cintura, y muy quedo, posando su mano en el pecho de su amiga, le preguntó con acento mimoso:

—¿A quién guarda usted aquí dentro?

María se sonrojó ligeramente, y tras un corto silencio, respondió:

—A un muerto.

—¿Un muerto... enterrado?—dijo Oliverio riendo.

—No,—añadió María tras nueva vacilación.

—Suplico á usted María que me cuente la historia de ese cadáver que lleváis enterrado en vuestro corazón.

—¿Para qué, amigo mío? Si estas revelaciones no duelen á quien las escucha, dañan á quien las refiere. Por otra parte, ¿no las adivina usted? Hace poco me hablaba de sus últimos amores muertos; bástele saber que nuestras circunstancias son hermanas gemelas.

—Y—preguntó Oliverio,—¿ese amor fué abandonado por usted?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Un año.

—¿Y ha podido usted sustraerse al suplicio del sufrimiento?

—No he dicho tanto. ¿Acaso es fácil romper un lazo ligado por los años? A usted mismo se lo pregunto, á usted que esta mañana, bajo el emparrado donde comíamos, le temblaba la voz al evocar sus recuerdos.

—Tenéis razón, María, y creo que no de-

bemos entristecer vuestras almas con nuevas reflexiones. Dobleemos, pues, la hoja al libro de nuestra historia—terminó diciendo Oliverio.

—¡Sí, doblémosla!—contestó María.

Pero al cabo de cinco minutos, durante los cuales, y sin darse cuenta, seguían la misma conversación, Oliverio volvió á preguntar:

—¿Vive en Francia esa persona?

—No, en Londres—replicó María.

—En este caso Londres es como París—contestó su interlocutor.

Y resuelta María á cambiar de tema, dijo después de una pausa prolongada:

—¿En qué piensa usted?

—¡Oh, en nada, en la naturaleza, en esa puesta de sol que palidece en la lejanía, en el silencio de los días que acaban!—contestó él moldeando en sus labios una sonrisa de dulce tristeza.

—¡Oh, amigo mío! ¿Está usted triste? ¿Para esto me ha hecho usted venir? ¡Yo que esperaba tan alegre nuestra gira de hoy! Desde la tarde en que nos encontramos, no he pensado en otra cosa. ¿A qué debo, pues, el estar ya menos contenta que ayer y que esta mañana cuando le esperaba? No se puede impedir que haya existido el pasado y que nos haya hecho lo que somos; usted y yo hemos sufrido mucho; y exclamó golpeándose el pecho: ¡mi corazón es una llaga incurable!

—¡Basta, María!—replicó Oliverio, ¡ese grito me lo dice todo!

—¿Y qué quiere usted decir?

—Que ahora—prosiguió Oliverio—es inútil que nos engañemos á nosotros mismos, queriendo engañarnos el uno al otro. Tenía usted razón hace un momento: no podemos impedir que el pasado haya existido. Hemos soñado los dos al mismo tiempo; separémonos al despertar y vuelva usted á ponerse la sortija que guardó esta mañana.

—¿Por qué me dice usted esto?

—Porque creo que debe usted hacerlo así.

—¿Quiere usted que la arroje al arroyo?

—Sería un sacrificio inútil y un nuevo dolor añadido á otro dolor. Obedezca usted, María; no es en este trozo de metal donde está más hondamente grabado el recuerdo que representa esta sortija: es en la misma llaga que cubre su corazón.

—Haré lo que usted quiere, amigo mío—dijo María volviendo á ponerse lentamente la sortija—Tiene usted, sin duda, motivos bastantes para aconsejarme que obre de este modo, sólo que por discretamente que usted los haya guardado, quizá yo los adivine.

Oliverio hizo un gesto de asentimiento.

—En fin, amigo mío—continuó María levantán lose:—¿A qué hemos venido al campo?

—A intentar curarnos recíprocamente de nuestra común enfermedad—replicó él.

—¿Y el remedio?—preguntó tristemente María.

—Lo hubiésemos podido encontrar, si cada uno de nosotros hubiera ignorado el secreto del otro.

—En este caso ¿por qué me ha hecho usted que hable?

—Porque lo necesitaba—repuso Oliverio. Acababan de dar las ocho en la iglesia de Ville d'Avray. Oliverio y María caminaban con paso ligero hacia la ciudad.

—Llegaremos demasiado tarde—dijo María avanzando más en la marcha.

—No vale la pena andar deprisa, cuando lleguemos habrá pasado el tren de París.

—Por lo cual permaneceremos juntos una hora más—añadió ella.

—¿Y si yo dijera á usted que he buscado el camino más largo para que perdiésemos el tren?—dijo el joven.

—Si supiera que no me engañaba, me alegraría mucho de su ocurrencia.

—¿Para qué engañarla?—añadió el pintor. —¿Acaso no hemos cambiado en nuestra larga conversación pruebas recíprocas de franqueza?... ¿Quiere usted que emprendamos á pie el camino de París?

Y luego que emprendieran el camino, prosiguió ella:

—Ahora contéstele usted con toda sinceridad, Oliverio: ¿Qué impresión le queda de nuestra larga y última entrevista?

—¿Por qué dice usted última?

—Porque no hemos de volver á vernos, á no ser que la casualidad nos reuna.

—Pero, y si yo ayudase á la casualidad, ¿no me secundaría usted?

—¿Para qué?—dijo la joven.—¿Tanto gusta usted de las emociones, que quiere someterse de nuevo á las que le dejan tristeza? ¿No piensa usted que tal vez desde esta mañana hemos perdido algo, tanto usted como yo? ¿Soy yo para usted, ahora que hemos hablado, lo que era ayer, lo que podía parecerle todavía antes de nuestra conversación en el bosque? ¿Y usted, por su parte, euando su recuerdo venga á mi pensamiento, tendrá acaso el encanto que podía tener antes de encontrarnos? Lo deseo, pero no puedo esperarlo. Sería mucho mejor, créalo usted, que nos hubiésemos quedado en la incertidumbre. ¡Ah, cuánto siento ahora nuestra cita de hoy! Y, sin embargo—añadió con melancólica sonrisa,—si usted no me la pide, quizá yo se la hubiese propuesto.

—Tal vez tenga usted razón, María, pero es la ley humana, de la que nadie puede escapar. Por corta que sea, toda alegría tiene que pagarse en este mundo. Desde hace diez años no había experimentado un sentimiento como el experimentado al encontrarnos. Pero lo más triste de todo es que, á pesar de cuanto nos hemos dicho, aun nos queda el deseo de reanudar un lazo que los acontecimientos desataron por aquel tiempo. Estoy seguro de ello, María; esa era la idea que nos trajo á este sitio. Con un poco más de disimulo nos hubiéramos entregado

á nuestro deseo. Entonces sí hubiera sido inmenso el daño, y mayor el desencanto, pero no hemos querido engañarnos y aunque lo hubiésemos intentado, no hubiera sido fácil tarea. Con el recuerdo de nuestro pasado amor, se mezclaba, á pesar nuestro, el recuerdo de amores más cercanos, y el uno y el otro sentíamos agitarse muy claramente la cadena mal rota de nuestra última esclavitud. Gracias á esta reciproca franqueza hemos evitado una gran desgracia, la desgracia de volver á amarnos.

—Mire usted—dijo María al pasar cerca del farol de Diógenes;—aquí vine á sentarme *con él*, el día de mi primer paseo, hace tres años...

Algunos pasos más allá Oliverio detuvo á María, y, mostrándola un banco de piedra al lado de un surtidor, añadió.

—Aquí se sentó *ella*, hace un año, cuando nuestro último paseo.

—¡Oh, amigo mío!—replicó María, en cuyos ojos brillaba una lágrima:—¿será, pues, cierto que nunca ha sido tan grande nuestra separación como en este día que hemos pasado juntos?

Oliverio no contestó y apretó silenciosamente la mano de su compañera, que miraba el reflejo de las estrellas temblando en el agua del surtidor...

Una hora más tarde habían regresado á París.

FIN

COLECCION REGENTE

TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

1. DE CARNE Y HUESO, por Eduardo Zamacois.
2. LA CONFESION DE CAROLINA, por Arsenio Houssaye.
3. PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.
4. LA QUERIDA HEBREA, por F. Champsaur.
5. UNA NOCHE DE CLEOPATRA, Teófilo Gautier.
6. LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.
7. BOHEMIA SENTIMENTAL, por Enrique Gómez Carrillo.
8. LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.
9. INCESTO, por Eduardo Zamacois.
10. UN CORAZON SENCILLO, Gustavo Flaubert.
11. MARGARITA, por Arsenio Houssaye.
12. MAGDALENA FERAT, Emilio Zola (tomo 1).
13. MAGDALENA FERAT, Emilio Zola (tomo 11).
14. LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por Enrique Murger.
15. PUNTO NEGRO, Eduardo Zamacois (tomo 1).
16. PUNTO NEGRO, Eduardo Zamacois (tomo 11).
17. LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.
18. FELICIDAD, por Emilio Zola.
19. MAGDALENA, por Julio Sandeau.
20. DOS MUJERES, por Adolfo Belot.
21. L'ASSOMMOIR (LA TABERNA) Emilio Zola (tomo 1).
22. L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), Emilio Zola (t. 11).
23. L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), Emilio Zola (t. 111).
24. NANA, por Emilio Zola (tomo 1).
25. NANA, por Emilio Zola (tomo 11).
26. NANA, por Emilio Zola (tomo 111).
27. LOS AMORES DE OLIVERIO, Enrique Murger.

